

PRIMER PARTE DEL GENERAL JOSÉ JOAQUÍN MORA
SOBRE EL COMBATE DE SANTA ROSA DEL 20 DE MARZO DE 1856

“Excelentísimo señor Presidente de la República.
Santa Rosa, marzo 20 de 1856

EXCELENTÍSIMO SEÑOR:

Me hago la honra de elevar al conocimiento de V.E. que a las cuatro de esta tarde he batido y derrotado completamente a cuatrocientos filibusteros que habían tomado posesión de esta hacienda y parapetándose dentro de los muchos corrales de piedra que hay en ella. Nuestro ejército peleó con tanto valor y denuedo, que el ataque que fue a la bayoneta, solamente duró catorce minutos.

Hay que sentir la pérdida de cinco o seis valientes oficiales y la de varios soldados. Tan luego como calme la primera impresión, daré a V. E. pormenores de lo ocurrido en ese glorioso día, como también informaré a V. E. de la conducta y valor de los oficiales que más se hayan distinguido.

Reitero a V. E. las protestas de aprecio y respetos, suscribiéndome de V. E. muy atento servidor.

José Joaquín Mora.

P.D. –Me ocupo al presente de perseguir a los filibusteros, pues mi intención es que no escape ninguno. Como este punto no ofrece comodidad alguna, pues aún de agua se carece, pienso regresar la fuerza al “Pelón”, lo que verificaré mañana a las diez del día. –Mora.

(Fuente: Lorenzo Montúfar. Walker en Centroamérica (Alajuela, Costa Rica: MHCJS, 2000)

9 9 9

SEGUNDO PARTE DEL GENERAL JOSÉ JOAQUÍN MORA
SOBRE EL COMBATE DE SANTA ROSA DEL 20 DE MARZO DE 1856

Excelentísimo señor Presidente, General en jefe del ejército. –Cuartel de la división vanguardia. –Hacienda del “Pelón”, 24 de marzo de 1856. –Tengo el placer de dirigir a V. E. parte detallado de la toma de Santa Rosa.

El jueves 20 del corriente, con noticia de haber visto a los filibusteros en el llano del “Coyol”, me puse en marcha con la columna que saqué de Liberia. Muchos nos costó conducir los dos cañoncitos de a tres, por lo quebrado e impracticable del camino.

Tomamos un filibustero que procuró engañarnos, guiándonos al enemigo por un lado enteramente opuesto a aquel en que se hallaba; pero desconfiando de él, quise, antes de seguirle, registrar el llano del “Coyol”. Seguimos la marcha y a corto trecho descubrimos huellas de botas en un camino que conduce a la hacienda de Santa Rosa. Mandé a un ayudante adelantarse para observar las casas de dicha hacienda y retornó con la razón de estar allí el enemigo.

Seguimos un callejón orillado de árboles a cuyos lados se extendían lomas de poca altura cubiertas de espesa breña. Al salir del callejón vimos tendida a nuestros pies la plazuela de dicha hacienda, formada por un valle hondo y limpio, circundado por colinas de poca elevación, pero escarpadas.

Los corrales de la hacienda, cerrados con cercas de piedra, empiezan como a la mitad de la falda de una de las colinas situada al frente del callejón hacia su izquierda y rodean las casas que ocupan la

altura, pero que están dominadas por la cumbre de la colina, a corta distancia y cubiertas de breña. Tienen las casas un gran patio también cercado: a la derecha y en la falda de la colina hay una quesera. A continuación de la altura, ligándola con la inmediata, corre una limpia loma, al frente del camino que seguimos. La línea que debía correr mi gente, para llegar a las casas, es precisamente una milla.

En vista de la posición, di mis órdenes para el ataque, concebido ya de antes sobre el exacto plano que el Mayor Don Clodomiro Escalante me había presentado para el caso de tener que batir allí al enemigo. El Coronel Lorenzo Salazar, con doscientos ochenta hombres, debía atacar el frente, la izquierda y el flanco derecho de la casa: seguíanle por ese lado (el más practicable) los dos cañoncitos, dirigidos por el capitán Mateo Marín.

El capitán José M. Gutiérrez, con doscientos hombres, debía flanquear la izquierda por fuera de las cercas y tomar posesión a la espalda de las casas sobre la cumbre de la colina. El escuadrón de caballería quedó formado en el callejón hasta recibir la orden de cargar al enemigo, cuando se le desalojara de sus posesiones. La tropa de Moracia, en número de doscientos hombres, la formé en batalla en el callejón para cubrir la retirada en caso necesario. Listo todo, mandé desembocar por el callejón a la tropa formada por columnas. Nuestros soldados, al son de las cornetas, que tocaban a degüello, marcharon a la carrera, acudiendo cada cual al puesto señalado.

Los filibusteros no hicieron ni un tiro; nos aguardaban de cerca, con la esperanza que su primer descarga nos derrotaría. Tampoco los nuestros dispararon hasta hallarse a veinte varas del enemigo. Rompieron entonces un fuego sostenido, que duró tanto como tardaron los costarricenses en llegar a las cercas. Desde este instante, sólo los piratas dispararon. Los nuestros saltaban a los corrales sin que el mortífero fuego que sufrían bastara a detenerlos. Allí murió el valiente oficial Manuel Rojas. Una vez dentro, no hubo ya esperanza para los malhechores: el sable y la bayoneta los hacían trizas y ellos aterrados, ni atinaban a ofender con sus tiros.

Así fueron rechazados hasta las casas, donde se encerraron, al tiempo que la gente del capitán Gutiérrez, posesionada ya de la altura, los cercaba. En estos momentos pereció el capitán Manuel Quirós, herido al saltar la cerca del patio. Sus últimas palabras fueron dirigidas a sus compañeros de armas. "Entre ustedes" les dijo y espiró. Señalóse también en el asalto del patio el ayudante del Coronel Salazar, Joaquín Ortiz, quien con su espada mató dos bandidos, teniendo la suerte de quedar ileso. Di la orden de atacar a la caballería, pareciéndome que no tardaría tanto en llegar sino el tiempo necesario para desalojar de su guarida a los filibusteros. Pero viendo al llegar que no era tiempo aún, marchó a formarse a la loma del frente, aguardando el momento oportuno. Todo eso pasó en cinco minutos.

Ya empezaba a obrar la artillería: el capitán Marín disparó sus cañones contra el costado derecho y frente de la casa, abriendo brecha, pero esto sólo sirvió para enfurecer más a los forajidos que avivaron el fuego. Impaciente el coronel Salazar, corrió exponiéndose a servir de blanco al enemigo, para preguntarme si para librar de ser diezmada su gente, podría poner fuego a la casa de un propietario costarricense. Inquieto al verlo venir, temiendo que estuviese herido, me adelanté a su encuentro y le di el permiso que pidió: retornó a dar la orden a sus soldados, que la recibieron con gritos de alegría. Más no hubo tiempo. El arrojado capitán Gutiérrez, olvidando la orden que tenía, entró a la casa y adelantándose hacia un establo atrincherado y erizado de rifles, con pistola y sable en mano murió desgraciada y prematuramente. La ira que su muerte causó a los soldados fue tal, que nada bastó a contenerlos. La casa fue invadida por todos lados y los filibusteros hallando salida por la altura que debió cubrir el malogrado Gutiérrez, huyeron en tropel y aunque perseguidos y diezmados por todas partes, lograron muchos escaparse. Entonces mandé a la tropa de Moracia se dispersase en guerrillas por la colina a la izquierda del callejón, para aprisionar a los fugitivos que tomaran por allí.

Desde el principio de la acción, al ver a nuestra tropa apoderarse de los corrales, varios jefes filibusteros montaron a caballo y huyeron sin poderlos alcanzar ni dañarles. Al dispersarse el enemigo, la caballería de Moracia anduvo tarda en perseguirle a pesar de mis órdenes y los esfuerzos del coronel Salazar. Sólo el capitán Estrada, seguido de sus pocos lanceros, le cargó,

matándole un solo hombre, pues favorecido por la inacción de la caballería y lo cercano de la espesura del monte, se aprovechó de tan favorables incidentes. Considerando las dificultades que el lugar de la acción presentaba, he hallado alguna disculpa al Comandante del escuadrón.

A los catorce minutos, contados desde la primera descarga, se hallaba mi tropa formada en el mejor orden y en tranquila posesión de Santa Rosa.

Señaláronse en este memorable día, además de los buenos oficiales que perdimos el ya citado Joaquín Ortiz, el Mayor Clodomiro Escalante, los capitanes Carlos y Miguel Alvarado (habiendo recibido éste último tres heridas de rifle que le rompieron la ropa rozándole el cuerpo) Vicente Velarde, Mateo Marín, Santiago Millet, Joaquín Fernández, Felipe Ibarra y Jesús Alvarado, el ayudante Macedonio Esquivel y en general toda mi lucida oficialidad. Hubo entre los soldados notables rasgos de valor, pero tan comunes a casi todos que sería imposible enumerarlos.

He tomado al enemigo diez y ocho rifles, un fusil, cuatro cajas de parque (que según declaración de los prisioneros es cuanto tenían) las pistolas, paradas, piezas de equipaje, etc., que cedí a los jefes y oficiales que las tomaron, varios caballos y mulas, todos sus papeles y un grupo daguerreotipado, con los retratos de varios jefes de la gavilla de vergantes. Todo cuanto tenían, en fin, ha caído en poder de mi gente.

Los muertos del enemigo que pude reunir llegaron a veintiséis y muchos deben de haber acabado en lo espeso del monte. Prisioneros hasta hoy, diez y nueve. El resto hasta cuatrocientos hombres, que según los prisioneros que entraron en acción, se entregará o morirá de sed y hambre en los montes. Los persigo por todas partes y el mayor Domingo Murillo, apostado en Sapoá con respetable fuerza, les cortará el solo camino para ellos practicable.

No puede darse una victoria más completa, gracias al valor de mis soldados.

Nuestras pérdidas, según las listas, ascienden a cuatro oficiales y quince soldados muertos. Dios guarde a V. E. muchos años.

José Joaquín Mora

(Fuente: Lorenzo Montúfar. Walker en Centroamérica (Alajuela, Costa Rica: MHCJS, 2000)

9 9 9

JUAN RAFAEL MORA A LOS TRIUNFADORES DE SANTA ROSA

El General en jefe del Ejército Costarricense, a la División de vanguardia.

SOLDADOS:

Habéis cumplido vuestro deber siendo los primeros en derrotar a los verdugos de vuestros hermanos, a los alevosos enemigos de la independencia centroamericana, que se han atrevido a profanar el caro suelo de la Patria, robando y asesinando. –Eso esperaba de vosotros.

¡Adelante!. Otro esfuerzo más: un solo tiro y a la bayoneta. Y veréis como huyen y esos son sus mejores asesinos. El triunfo es y será siempre vuestro.

Paz y gloria a los bravos que han perecido.

Salud y lauros a todos los valientes vencedores.

JUAN RAFAEL MORA.

Cuartel General en marcha. –Liberia, marzo 21 de 1856.

(Fuente: Lorenzo Montúfar. Walker en Centroamérica (Alajuela, Costa Rica: MHCJS, 2000)

COMUNICACIÓN DEL PRESIDENTE JUAN RAFAEL MORA PORRAS AL MINISTRO DE GUERRA
SOBRE EL COMBATE DE SANTA ROSA DEL 20 DE MARZO DE 1856

Cuartel General en marcha. –Liberia, Marzo 23 de 1856.

Al H. señor Ministro de la Guerra.

Señor:

La victoria obtenida por nuestros soldados ha sido tanto más honrosa, cuanto que en ese día habían andado catorce leguas a pie y por bosques espesos, buscando al enemigo que vencieron y pusieron en fuga a las cuatro de la tarde. Esa marcha tan rápida, impidió el que se les persiguiera en el mismo instante con el vigor que hoy se hace por todas partes. Todas las municiones, unos cien rifles, espadas, revólveres y otras vituallas cayeron en nuestro poder y tenemos fundadas esperanzas de que muy pocos filibusteros escaparán de la persecución de nuestros soldados.

Son las 11 y media de la mañana y acaban de entrar en esta ciudad los 32 heridos, cuya lista remito a U.S. Ahora mismo los he visto y en su mayoría las heridas son muy insignificantes; ninguna parece mortal. Al propio tiempo han llegado diez prisioneros de los doce que anuncie a U.S., pues dos quisieron huir y fueron muertos por los que los custodiaban.

Tenemos dos más en esta cárcel y dentro de media hora llegarán otros nueve que se cogieron ayer. A las doce serán sometidos todos a un consejo de guerra. Aún no se ha recibido la lista de los soldados muertos. De los filibusteros, veintidós se encuentran en el mismo sitio de Santa Rosa y en las montañas se hallan muchos muertos de las heridas, dispersos y otros que haciendo resistencia o corriendo han sido tirados. Tenemos muy pocos enfermos, en su mayoría sin gravedad. El estado sanitario de las tropas es satisfactorio en alto grado.

Jamás cesaré de alabar la disciplina, la constancia y el valor de este improvisado ejército de labradores, de artesanos y comerciantes en su mayor parte propietarios. Nuestros compatriotas dan un ejemplo honrosísimo de que sí aman la paz, el orden, el trabajo y su propiedad, saben trocar el arado y sus libros por el fusil y la espada para defender la patria con un tesón incontrastable.

Le envío adjunta la lista de los heridos, que es la siguiente:

José Marín	Oficial	de San José
Tiburcio Zeledón	Sargento 2º.	de San José
Gregorio Muñoz	Soldado	de San José
Rafael Berrocal	Soldado	de San José
Silvestre Boza	Soldado	de Cartago
Timoteo Mora	Soldado	de Alajuelita
Custodio Berrocal	Soldado	del Mojón
Raimundo Sáenz	Soldado	de San José
Félix Zúñiga	Soldado	de San José
Pedro Fuentes	Soldado	de Alajuelita
Francisco Arboleda	Soldado	de Alajuelita
Pablo Camacho	Soldado	de Alajuelita
José Ana Granados	Soldado	de Alajuelita
Pilar Miranda	Soldado	de Liberia
Patricio Macotelo	Soldado	de Liberia
Hermenegildo Quezada	Soldado	del Mojón
Manuel Salazar	Soldado	de San José
Pío Araya	Soldado	de San José

José María Porras	Soldado	de San José
Pablo Cantillo	Soldado	de Bagaces
Ponciano Quezada	Soldado	de San Juan
Berdardino Chavarría		Soldado de San Juan
Nicolás Segura	Soldado	de San Juan
Domingo Quirós	Soldado	de San Juan
Juan Asofeifa	Soldado	de San José
Juan Rojas	Soldado	de San Juan
Joaquín Jiménez	Soldado	de Escazú
Francisco Noguera	Soldado	de San José
Santiago Espinosa	Soldado	de Liberia
Toribio Artavia	Soldado	de San José
Casimiro Fonseca	Soldado	del Mojón
Faustino Segura	Soldado	de San Juan

Todos los heridos, excepto uno, se salvaron.

Los muertos en la acción de Santa Rosa, pertenecientes al batallón Guardia, a una compañía que llevó de Liberia el capitán Gutiérrez y a la artillería, con expresión de clases, son:

Primera compañía.

Primer subteniente Justo Castro, de San José.

Soldado José Zeledón, de San José

Segunda compañía.

Soldado Sotero Mora, de Puente Ancho

Soldado Francisco Carbroner P., de San José.

Tercera compañía.

Soldado Pedro Sequeira, del Mojón

Soldado José Zúñiga, Puebla (San José).

Cuarta compañía

Segundo teniente Manuel Rojas

Quinta compañía

Sargento 2º. Agustín Castro, de San José.

Soldado Ramón Marín, de San Juan.

Soldado Juan García, de San Juan.

Soldado Carmen Prado, de San Francisco.

Soldado Agapito Marín, de San Vicente.

Compañía al mando de J. M. Gutiérrez.

Capitán José María Gutiérrez, de San José.

Sargento 2º. Agustín Prado, de San Antonio.

Cabo 1º. Santos Alvarez, del Mojón.

Soldado José María Mora, de Escazú.

Soldado Carlos Mora, de San Miguel.

Artillería

Sargento 2º. Braulio Pérez, Pacaca.

Estado Mayor

Capitán Manuel Quirós, de San José.

(Fuente: Lorenzo Montúfar. Walker en Centroamérica (Alajuela, Costa Rica: MHCJS, 2000)